

Delante del quebrantamiento va la soberbia, y delante de la caída la altivez de espíritu (Prov 16:18)

Una historia proverbial

Por Ted Hildebrandt

Victor Grant era el tipo de gerente del que la gente hablaba en voz baja y con miedo. Alto, impecablemente vestido, irradiaba un aire de prepotencia. Victor se había forjado una reputación no por su amabilidad ni su brillantez, sino por su dominio, su sarcástico menosprecio hacia los demás y un orgullo desmedido. No ocultaba su convicción de que nadie en la empresa podía igualar su ingenio, liderazgo ni visión.

A menudo se pavoneaba por la oficina como un monarca que observaba a sus súbditos, criticando como si fuera un favor y descartando ideas ajenas. Los empleados temían su lengua afilada y se estremecían ante sus comentarios crueles y sarcásticos. Con el paso de los años, muchos jóvenes talentos prometedores se marcharon, hartos del reinado sofocante y agobiante de Víctor.

Pero entre los que se quedaron estaba Evelyn Hart.

Evelyn era humilde, constante, tranquila y observadora; una mujer que creía en la fuerza de la preparación y la paciencia. Mientras que Víctor la ignoraba, considerándola una pieza insignificante en su gran maquinaria, Evelyn escuchaba atentamente a los demás, abierta al aprendizaje y a la innovación. Su amabilidad y talento le granjearon fácilmente el respeto de sus compañeros.

Un día, la empresa anunció una gran oportunidad: una lucrativa subvención de investigación de un cliente de alto perfil que podría redefinir su futuro. Víctor, por supuesto, se declaró la opción natural para liderar la propuesta, afirmando que nadie más tenía la visión ni la perspicacia para semejante proyecto.

El consejo ejecutivo, cansado pero no dispuesto a desafiarlo, aceptó, con una salvedad: si alguien más podía presentar una propuesta mejor, la considerarían.

Víctor se burló. "Que lo intenten", dijo con una sonrisa arrogante, "solo quedarán en ridículo".

Evelyn, animada por sus colegas, reunió discretamente a su equipo. Noche tras noche, trabajaron incansablemente, recopilando información, elaborando una estrategia y anticipándose a las necesidades tácitas del cliente. Mientras que el plan de Víctor era

audaz pero superficial, basado en bravuconería y suposiciones sin fundamento, el de Evelyn era reflexivo, innovador y profundamente fundamentado en la investigación.

Llegó el día de la presentación. Víctor entró en la sala de juntas con confianza, seguro de su victoria final. Presentó su discurso con su estilo habitual: gestos contundentes, grandes promesas y alardes arrogantes sobre su liderazgo irremplazable.

La junta asintió cortésmente.

Entonces llegó el turno de Evelyn. Habló con calma, dejando ver la fuerza de su trabajo sin necesidad de dramatismo. Expuso soluciones reales, detalló riesgos y contingencias, y demostró un profundo conocimiento del sector del cliente, dejando a la sala en un silencio de admiración.

No hubo ningún aplauso cortés cuando terminó, sólo una sorprendente y aparente certeza de su triunfo.

La decisión fue unánime. El contrato seguiría adelante bajo el liderazgo de Evelyn.

La caída de Víctor fue rápida y absoluta. Su orgullo, su escudo durante tanto tiempo, lo había cegado ante el talento emergente que lo rodeaba y las debilidades de su propia arrogancia. Despojado de su autoridad, fue degradado y se quedó observando desde la barrera.

Evelyn no se regodeó ni buscó venganza. Simplemente se puso manos a la obra, demostrando que la verdadera fuerza no reside en la arrogancia, sino en la humilde sabiduría, a través de la escucha atenta y una excelencia constante y sostenida.

Víctor aprendió —demasiado tarde— la verdad del antiguo proverbio: **“Antes de la destrucción va el orgullo, y antes de la caída la altivez de espíritu”**.